

LA PRENSA Y EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA ¿CÓMO SEREMOS EN EL AÑO 2000?

Carlos MONSIVAIS

A la memoria de Don Antonio López de Santa Ana, que ocupó once veces la Presidencia de México en seguimiento a su terapia ocupacional.

Con tal de ahorrarles a estas notas el carácter premonitorio, declaro instalado, hoy 7 de setiembre del año 2000, el Seminario "El Rol de los Medios de Comunicación en el Proceso de Transición y Consolidación Democrática en América Latina". Este siglo XXI recién estrenado, nos aguarda con fe y esperanza y exige de nosotros el optimismo. ¡Qué lejos quedan los días a aciagos! La nueva centuria, es en sí misma renovación del ánimo y desde su inauguración aguardamos constantemente y con júbilo, el cumplimiento de las utopías largamente postpuestas.

Sin embargo, antes de arribar a nuestra actual bienaventuranza, ¡cuántos pronósticos funestos no debimos de solventar! Y no está de más precisararlo: hasta hace muy poco el sustantivo pronóstico se había maridado

con el adjetivo funesto. Como divertimento, y en memoria de aquellos malos agujeros ofrezco ahora, veteados de comentarios, un recuento mínimo del discurso apocalíptico del lejano y medroso 1994.

No empezaré por lado alguno, para burlar el sentido jerárquico de los antiguos. Más bien, iré a donde me lleven las evocaciones del tiempo poseído por las anticipaciones desoladas.

¡Cómo se equivocaron aquellos que en por mala fe y a pesar de su contigüidad en el tiempo, yo necesito calificar de antiguos. Con todo respeto, anuncio mi conclusión: cuán difícil es respetarlos. ¿Cómo no lanzarles una sonrisa irónica a los convencidos del porvenir un tanto tétrico de los medios informativos? Ellos, las criaturas prehistóricas de la primera mitad de los años noventa, del fin de siglo, aislados y perfeccionados en el laberinto de sus profecías -y así no lo aceptasen- creyeron demoníacamente en el fin de la era de Gutenberg y en los vaticinios de Marshall Mc Luhan y su devoción esencial partió del odio para concluir en el deslumbramiento, y a la inversa.

Nadie como ellos para reverenciar a la televisión. Nadie como ellos para culpar a la televisión de todos los males, al grado de que le pedían sus familiares nunca dejarlos solos ante la tele, no sea que de tal Caja de Pandora se desprendiesen de pronto la cauda de males que los habrían de desvestir. En su pánico, los antiguos supusieron que el periodismo, por ellos practicado y reverenciado, dejaría de importar y, lo más probable, de existir. Se llenaban la boca con argumentos deprimentes. ¡Vean!, exclamaban los más nostálgicos de entre ellos. ¡vean el panorama, de nuestras escuelas de comunicación!

Han sido por años un avance, porque eliminaron muchos vicios funestos de la improvisación, pero han sustituido al periodismo de viejo estilo, gozosamente improvisado y noctámbulo, por un periodismo carente en la mayoría de las ocasiones de impulso literario, seco a fuerza de distanciado del poderío idiomático, reiterativo, con un instinto narrativo en declinación, podado de alegorías y símiles porque eso según sus cánones era espontaneísta, y además no se entendía. Vislumbraron en sus lamentaciones al pie de los cadáveres de Cervantes y Quevedo, un año 2000 entregado al laconismo de un idioma de 300 palabras básicas, sin referencia clásica que no habrían de captar la mayoría de sus lectores,

sometido a la prosa de boletín, humilde y humillado ante el despliegue de las imágenes.

¡Qué sometimientos y qué laceraciones! Esos periodistas del ayer o el anteayer, creían a tal punto en la debilidad de la palabra, que procuraban crecientemente sustituir con fotos, dibujos y diagramas de las computadoras, su penuria descriptiva, y avisoraban un porvenir, regido por la iconósfera, en el triunfo de las imágenes y la retirada de lo verbal. Creían insustituibles los video-diarios y las video-revistas, y en los planes de estudio de las escuelas de comunicación, eliminaron progresivamente lo que tuviese que ver, así fuera de lejos, con la formación humanista. Y el video ocupaba sus pensamientos con tal vehemencia, que el cuarto de edición resultó ya la zona sagrada que sustituyó a la sala de redacción. Y en el paisaje ordenado por el temor pasivo a la abolición de la lectura, los antiguos cedieron sin casi darse cuenta a la informática, que convirtieron en religión, y transformaron a las computadoras, a cada una de ellas, en cubículo, confesionario, diván psiquiátrico, altar de los alborozos y las quejas. Esto, lo admito, era inevitable, pero por desgracia de allí desprendieron teorías fatalistas, que luego no se justificaron. Ciertamente, persistió y se amplió el avasallamiento de las imágenes, pero por ley, hoy septiembre del año 2000, uno de cada cien latinoamericano, debe de ser capaz de tomar en sus manos un periódico y desentrañar sus malvados signos. Por acuerdo constitucional, del gobierno y de las sociedades, los lectores no son todavía una especie en extinción.

¡Ay, los antiguos! Es increíble pensar cuánto nos separa de lo que, en la cronología convencional, son apenas seis años. Ellos creían, digamos en la manipulación, en la siniestra conjura de unos cuantos para pervertir la mente de los inocentes ellos mismos, sus familias, sus conocidos, el pueblo. Cuando fue disminuyendo el poder efectivo de la prensa, y se advirtieron los límites de sus facultades de movilización, dieron en acusar a los dueños de las empresas televisivas de todas las canalladas supponibles, como si el espectador fuese cada tarde y cada noche la víctima en lo alto de la pirámide o en las mazmorras de la inquisición, a la que, con cuchillo de pedernal, o con hoguera piadosa se la arrancarían ya no el corazón sino el entendimiento, se le quemaría no para devolverlo a la verdadera religión sino a la contemplación absorta de los comerciales. ¡Pobres Casandras! ¡Triste condición oracular de los

comunicólogos! Ahora sabemos mejor, la televisión no es una conjura porque es la concreción de nuestra voluntad, no es algo externo a nosotros sino la forma óptima de nuestro temor a quedarnos solos. La nueva versión del infierno es un mundo sin electricidad.

Vuelvo al principio, ¿por qué los antiguos, unos cuantos de ellos, al menos, concibieron tan sombríamente el paraíso del año 2000? En parte por su manía central: la idea hoy tan irrelevante que ve en la información a la fuente de poder. Este dogma se desbarató cuando todos tuvieron acceso a las grandes terminales, y el flujo informativo ni les modificó el carácter, ni democratizó su idea y su vivencia de la democrática, ni permitió otra cosa que la devastación por el recelo. Seré más específico, como ustedes saben dos hechos marcaron en los medios informativos, internacionalmente el auge, y casi diría, la exigencia de la paranoia. El asesinato de John F. Kennedy y la investigación correspondiente, y el proceso al que le cedió su nombre: el complejo hotelero Watergate en Washington. A partir de estas dos instancias, se volvió casi imposible distinguir entre la información como poder, y la información porque sí. Pongo ejemplos tomados de la vida mexicana en un afán de reivindicar mi chovinismo, que pasó de terquedad ideológica a capricho informativo.

En 1994, en marzo, murió asesinado en Tijuana el candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio. Esto en otro momento hubiera dado como resultado una hipótesis central y las averiguaciones consiguientes, si eran posibles, y no ofendían al grupo en el poder. Pero el crimen sucedió treinta años después del asesinato de Kennedy, con las millones de hipótesis que zumbaban en el inconsciente colectivo, y la figura del fiscal Jim Garrison exaltada por la película JFK de Oliver Stone.

Ningún periodista en México pretendió cubrir los hechos de la Colonia Lomas Taurinas de Tijuana. Todos aspiraron a la gran superstición tan propia del finado siglo XX: inscribir su nombre en la historia. Y sucedió lo inesperado, las interpretaciones por descabelladas que fuesen, y ¿qué podría ser descabellado, si de parte del gobierno la investigación nació muerta?, las investigaciones recibían atención y luego se extinguían, los lectores demandaron por lo menos una nueva conjetura cada semana, el legajo se expandió como metáfora del desarrollo de la humanidad desde Adán y Eva, los testigos clave recorrieron el país dando

conferencias que se tomaron como declaraciones públicas, y llegó el momento en que del proceso se sabía todo con detalle, con exactitud, menos la identidad de la víctima. A la prensa se le debía masificación de recelo, que también complementaba a la obsesión gubernamental: la privatización de las investigaciones.

Todavía hoy a tanta distancia histórica, alguien quiere destacarse entrevistando a un testigo presencial de los hechos, pero según las encuestas sólo el 1% de los lectores tienen ganas de sorprenderse.

Segundo ejemplo: el síndrome Watergate. Para los periodistas de los distantes años noventa, el reportaje de investigación lo fue todo, y su utilidad resultó extraordinaria. La opinión pública o la sociedad civil, apoyaron con denuedo, o con estrépito, esta búsqueda de lo que ocultaban el gobierno, la iniciativa privada y no tan infrecuentemente el clero. Caso tras caso, los reportajes dieron cuenta de fraudes, conspiraciones contra el presupuesto nacional, asociaciones delictuosas entre narcos y los sepulcros blanqueados de la administración federal y la empresa, conversaciones muy privadas, entre el Nuncio Apostólico y los asesinos de un Cardenal, etcétera. Con un poder judicial aquejado de inmensa corrupción y los encargados de la seguridad pública influidos o controlados por el narcotráfico y la delincuencia sobrante, que podríamos llamar: la delincuencia ilegal, en comparación con el narcotráfico, que por su asociación con el poder judicial es la delincuencia legal. Con un poder así de corrompido, la explosión demográfica de los Watergate fue el fenómeno que apuntaló a la prensa en su lucha desigual contra la televisión, en nada afecta investigar, denunciar, exigir, insinuar, y que le otorgó confianza a una generación de reporteros ansiosos de la visibilidad que otorga el entusiasmo de la opinión pública. Pero los casos se acumularon como pirámides del triunfo de la prensa sobre la red de complicidades y muy poco o nada sucedió. Sí, se desacreditaban los implicados, algunos, poquísimos y casi por sorteo, iban por un año o dos a la cárcel, nunca más tiempo, cundían los comentarios de asombro, se editaban libros que alcanzaban el cielo de las cuatro ediciones, y el sistema seguía idéntico, intacto, fascinado con su capacidad autoregenerativa, y con la conversión del escándalo en industria informativa. Más casos con la terminación gate, y más escasez de consecuencias. La impunidad creció a la velocidad de las denuncias, y en un momento dado caso se evaporó el castigo social.

¿Cómo retener tanto nombre de implicado y corrupto? ¿Cómo institucionalizar la condición infamante de legiones de Funcionarios, Empresarios, Jueces, Agentes del Ministerio Público, Diputados, Senadores, Jefes de la Policía Judicial, Clérigos? Y pasó lo que ustedes, ya habitantes del siglo XXI conocen. El escándalo se agregó formalmente al Currículum Vitae de muchísimos, ser acusado resultó en la privación otro signo de vitalidad, y el espectáculo eclipsó a la moral pública, o mejor dicho, la moral pública se convirtió estrictamente en espectáculo. Moraleja de otra época: quien tiene el poder de conceder la impunidad, tiene el poder de banalizar la información, por terrible que sea.

Si el mayor poder al alcance de los informadores, y casi el único, es la capacidad de provocar el estremecimiento moral, y no me juzguen cínico, que el cinismo es jactancia propia de la prehistoria llamada siglo XX.

Sí, la prensa antigua pecó de soberbia, quien lo duda. No supo, ni quiso posiblemente, atender al hecho incontrovertible: la revolución informática, que sería una transformación de hábito y actitudes mentales. Todo sería ya más breve, las noticias habrían de encapsularse, el criterio profesional sería el resultado de los certificados de habilidad técnica, y no de la índole de aproximación a la noticia. Todavía deprime ver el altísimo número de periodistas, que en 1994 por ejemplo, se trasladaban físicamente al lugar de los hechos, ¿qué caso tenía ya entonces? El lugar de los hechos es el espacio reservado a la televisión, a la prensa le toca evaluar las reacciones del lector que ya se ha apropiado del acerbo mental correspondiente en su capacidad de espectador televisivo.

¿Cuánto hubo que aprender? Hay quienes entre los memoriosos todavía recuerdan los códigos de ética periodística, que pocos cumplían, y aún menos, habían leído, y se adormecían unos a otros hablando de objetividad, neutralidad, compromiso con el lector, todo entre las gloriosas comillas del deber cumplido. Sé muy bien, pero ¿cómo se traduce eso en términos de la informática? ¿Cuántas fotos, en relación a cuántas palabras se requieren para que esplenda la objetividad?

Una imagen vale diez mil palabras, pero dos imágenes ahorran un libro. ¿Quién puede contextualizar la noticia de una semana a otra? Entonces, a nadie se le había ocurrido, y eso prueba las limitaciones del

finalmente entrañable siglo XX. A nadie se le había ocurrido, que junto al diario, o la revista, hubiese un diario y una revista suplementarios, donde el lector se enterase del sentido de las noticias recién leídas. ¿En qué consiste, y dónde se ubica el país aludido? ¿Cuál es el origen de la referencia histórica o literaria? ¿A qué aluden frases como el talón de Aquiles o la cabellera de Absalón? ¿Quién va a saber el significado de cosas que ocurrieron hace más de diez años? ¿Quién va a distinguir dentro de poco, la diferencia entre el siglo IX y el siglo XX?

La ventaja de la televisión es rotunda. En última instancia, las imágenes no necesitan de contexto. Si no se aplican solas, sí se bastan solas. ¿Quién puede traducir una imagen, sin ser lector profesional o sin avergonzarse de la obviedad?

Tal vez, en mi afán de dar un panorama sensato y racional, de la prensa en el año 2000, he obviado escollos y dulcificado lo que en parte sigue ácido y borroso. No lo niego pero no lo exagero: todavía quedan vestigios del periodismo de otra época, diarios y revistas que no acatan el criterio de industriales y financieros, siguen dirigiéndose a la sociedad civil, es espectro del voluntarismo ganoso de dependencia.

Jerarquizan la noticia según lo que llaman "intereses populares", y se extasían con esa falsa objetividad que llamó demagogia. Y hay todavía, Dios los confunda y ya no los multiplique, periodistas que se desplazan de un sitio a otro, interpretan las noticias, como si las noticias fuesen interpretables, y no fueran simples noticias, es decir, hechos que han ocurrido para que uno tenga el valor ancestral de asociaciones imaginativas y sugerentes. Sí, por desgracia, esa prensa y esos periodistas todavía existen, son los que desconfían de las agencias internacionales, los que ven a la política y los negocios bajo la luz tan anticuada de la ética. Al aceite de la postmodernidad, le llaman "corrupción", al encausamiento organizado de puntos de vista le dicen "manipulación", a la unificación del enfoque de los fenómenos lo califican de "imperialismo transnacional", a las debilidades adquisitivas de los tercermundistas, les da el nombre de "hambruna" o "crisis alimenticia". Son los ejemplos últimos de un periodismo de espaldas a la tecnología y a la homogenización.

En aquella época, tan lejana culturalmente, que apenas si se alcanza a golpes de nostalgia, en aquella época, digamos en el período que va de

1968 a 1994, en la prensa se dio paulatina o aceleradamente la gran pretensión: querían ser la vanguardia de la sociedad civil, suplir en donde hiciera falta el esfuerzo de los partidos políticos, convertir sus alcances marginales en interlocución con el poder.

Ellos daban a conocer la primicia de los sótanos políticos y policíacos, alertaban, ironizaban, recapitulaban con fiereza, regañaban al gobierno, y creían burlarse de los poderosos. Entre todos, sí configuraban un malestar de fines de época, la ambición de época de representar, de significar, sin la aprobación de arriba, y daban origen a un modesto desorden de las ideas y las interpretaciones, que llamaban prensa libre.

La rebeldía, así prevista, quedó aislada en lo fundamental. Estas sociedades computarizadas e internacionalizadas por el juego de inversiones y franquicias, no admiten el criterio precientífico de la autonomía. Para vencer a los gravísimos problemas: escasez de recursos, sobrepoblación, falta de empleo o sobra de desempleo, migraciones indeseables, pandemias, todo lo que en una palabra, nos recuerde la existencia del febril y problemático siglo XX, para vencer a todo esto, hace falta atenerse disciplinariamente a la unificación de la perspectiva. Hoy observar el mundo es tarea que no acepta el pluralismo. No hablo de suprimir las libertades, tan sagradas, me refiero al uso de las libertades en favor de la armonía y la concordancia. Donde alguna vez dicen, apareció la lucha de clases, hoy reina el consenso, donde campeó la diversidad, hoy debe privar el criterio único que es el que permite interpretar al mismo tiempo en todos los lugares la misma noticia. No es mucho pedir. Las grandes corporaciones crearon el punto de vista. Le corresponde a los demás incorporarlo a su vida diaria.

Ya sé, los críticos y los resentidos, que vagan por las cuevas como personajes de películas de ciencia-ficción, en harapos y con el descontento a modo de bandera, insisten en volver a la época en que cada quien pensaba e informaba como querían. Pero ese tiempo si les da la gana, no ha transcurrido, está intacto, y no habrá sanciones para quienes discrepen, no habrá sanciones de acuerdo, pero tampoco créditos ni estímulos, y alta tecnología. El mundo, y esos fragmentos intercambiables, las naciones, exigen el sometimiento a la norma no por volver a la Edad Media, sino por imprimirle la fluidez del consenso al único territorio realmente libre en la era de la masificación. El territorio de los sentimientos adaptivos.

Recupérense los grandes cambios: antes, en el Tercer Mundo, se quejaban de la explotación, ahora, de la falta de explotación que es en otras palabras el desempleo orgánico para siempre. Antes lo usual era protestar contra los malos gobernantes, ahora, con la transformación de los gobiernos en empresas legitimadas por elecciones, no hay el rigor gobernante a quienes enderezarles las quejas. Sólo empleados de alta jerarquía sujetos a la ratificación o rectificación de las encuestas privadas de las transnacionales.

¿Cuántos leen todavía? Imposible enterarse, porque sin estar prohibida la lectura, sí se ha convertido en actividad derivada mal vista social y familiarmente, "¿qué hacés allí leyendo?, vete a hacer algo de provecho". Por eso pocos admiten ser lectores, o lo admiten con culpa, con rubor o con vergüenza.

Talvez entre otras cosas por la experiencia de finales de siglo XX, cuando los lectores genuinos de la prensa vivían en perpetuo mal humor, amargadísimos, convencidos de la injusticia del universo.

En el siglo XXI, que por decreto de la ONU se llamará: el Siglo del Optimismo Justificado, no tiene caso esa "contraloría civil" del rencor y del desánimo, y es preferible la visión unánime que contrarreste la desesperanza y, al certificar las realidades inmejorables, incite al proceso que algún día, quizás conduzca a esas realidades inmejorables. Pero, desearía que no me tergiversen aquellos partidarios del periodismo del vigésimo siglo, populista, impresionista, tan rentable con frecuencia y tan proclive a ver en las notas de bodas y bautizos a los indicios del Génesis o del Apocalipsis según el humor, o la perspectiva ideológica. Fue un periodismo, para centrarme de nuevo en México, que sirvió a un deseo de cambio hasta que lo corrompieron, o que se corrompió antes, para que el intento de cambio llegase tarde, o que se burocratizó para no permitir que la corrupción los corrompiera, o que ni se corrompió ni se burocratizó, para cumplir con sus lectores, que se frustraron porque su impulso y su gana, y su esfuerzo jamás desembocaron en el cambio.

¡Voy a lo que voy! Desde las alturas del año 2000 en que nos hallamos, es fácil y es cómodo mirar con paternalismo perdona vidas el periodismo que nos antecedió, cuya vanguardia tan obstinada quiso representar a la sociedad, o ser la sociedad, quiso negarle el carácter

legítimo a los otros componentes de la sociedad. Creyeron en la libertad de expresión, y la defendieron y la mantuvieron, pero se les olvidó que si todos conspiraban a favor de la imagen, la libertad de expresión que ellos sostenían era en gran medida invisible por fundamentalmente audible. No, insisto, no soy el cínico y el voraz que denuncian desde sus tribunas o tribunitas, los partidarios de la prensa de antes, de la prensa como en el anacrónico 1994. Soy el representante típico, y talvez por eso básico, de eso que mis enemigos ansiosamente, califican de "insolencia monopólica" y de la pesadilla neoliberal que según ellos sojuzga a la América Latina. Ni modo. No tengo al culpa de su fracaso político y de su incapacidad de convencer a las masas de que la modernización es algo distinto a lo que nosotros pregonamos, de que la modernización que las masas alcancen, será forzosamente destructiva. Sí, pensándolo bien, mi estado de cuentas del año 2000 puede resultar apocalíptico, con la ira que despierta la victoria de los peores. Pero, amigos y enemigos míos, si no querían que esto pasara, si no deseaban oír mi informe triunfalista, debieron hacer algo cuando todavía era posible, digamos en la remota fecha de 1994.